SUPLEMENTO DE VIAJES Y TURISMO DE PAGINA/12
DOMINGO 19 DE OCTUBRE DE 2003

Turismo 12

Paisajes embrujados

En Mendoza, misteriosos lugares en los alrededores de Malargüe:
El Pozo de las Animas (foto), la Cueva de las Brujas y los Castillos de Pincheira


En algunos puntos, las murallas de Saint-Malo tienen más de siete metros de espesor.


En el sitio prehistórico de Carnac, más de 3000 menhires jalonan varias hectáreas.

Tierra de pescadores y marinos, pero también de músicos y magos, Bretaña tiene perfiles de aventura y de leyenda. Una cultura propia, expresada en una lengua también propia, florece en esta península jalonada de faros y huellas prehistóricas que se adentra en las agitadas aguas del Atlántico.

FRANCIA *Leyendas, menhires y marineros de Bretaña*

Mareas bretonas

TEXTOS Y FOTOS: GRACIELA CUTULI

En tiempos de globalización, las regiones que mejor conservaron su identidad ancestral parecen ser las que más atraen a visitantes en busca de tradiciones y culturas arraigadas. Para estos visitantes, Bretaña es un edén casi intacto, donde el fuerte carácter local se traduce en innumerables aspectos de la vida cotidiana y artística: desde el idioma –aunque hoy muy pocos hablan bretón, que quedó relegado a las señales viales y la tradición literaria céltica– hasta la música, que en los últimos años conoció un extraordinario renacimiento en todo el mundo. Un solo detalle basta para dar una idea de la persistencia bretona en defender su particularidad: a diferencia del resto del país, en la región las vías rápidas son gratuitas, gracias al viejo decreto que cuando se casaron Francisco I y Ana de Bretaña acordó a los bretones –cuya región se incorporaba así a Francia– el beneficio de no pagar por el uso de los caminos. Un beneficio que ya dura cinco siglos...

Una recorrida exhaustiva de Bretaña puede llevar semanas: la región es relativamente pequeña para los parámetros argentinos, pero plena de historia y lugares de interés. Desde el bosque de Brocéliande, en cuyas penumbras nacieron las leyendas de Merlín y los caballeros de la Tabla Redonda, hasta Nantes, donde se conserva la casa de Julio Verne; desde Guérande, que provee de sal marina al resto de Francia, hasta Quibéron y los centros de talasoterapia donde se ponen en forma los grandes artistas franceses; desde Quimper y los pueblos cuyas iglesias fueron construidas con una red de curiosos "recintos parroquiales" que incluían osarios, calvarios y arcos del triunfo, hasta las islas de Ouessant y Sein, donde viven algunos puñados de personas sin auto y dependiendo de las mareas para volver al continente. Cruzando Bretaña de norte a sur, tres lugares emblemáticos pueden dar un panorama de Bretaña y la diversidad de su historia: Saint-Malo, Carnac y Quibéron. Un abanico que va desde la prehistoria hasta el siglo XXI.

"MALOUIN D'ABORD". Florida como casi todas las ciudades de Bretaña, que tienen la mayor cantidad de estrellas en la clasificación "villes fleuries" de Francia (como los hoteles, las ciudades pueden conseguir según la cantidad y cuidado de sus jardines públicos entre una y cuatro estrellas), Saint-Malo es por tradición independiente y orgullosa. En el siglo XVII era el principal puerto de Francia, y gracias al monopolio del comercio con las Indias Orientales sus navegantes y mercaderes habían amasado enormes fortunas: el resultado fue la construcción de las murallas que todavía la rodean, y el desarrollo de un feroz espíritu de independencia traducido en un lema tradicional: "Malouin d'abord, Breton peut-être, Français s'il en reste" (primero, de Saint-Malo; bretón tal vez; si algo queda, francés). La riqueza y audacia de sus marineros –los primeros en llegar a Malvinas, cuyo nombre castellano deriva del francés *malouines*, gentilicio de Saint-Malo– les valió el ser descriptos como "los más grandes ladrones que hayan existido jamás en el mar" por sus despechados rivales ingleses, asombrados de que los corsarios bretones no respondieran ni siquiera a sus duques (y más tarde tampoco a Francia, de la que se declararon independientes en 1590). Alguna vez, también, fueron los mercaderes de Saint-Malo los que salvaron a Francia de una bancarrota segura. El tiempo amainó los ánimos y redistribuyó las riquezas, pero no le quitó a Saint-Malo ni una pizca de coraje: lo demostraron los habitantes al reconstruir casi íntegra su ciudad después de los bombardeos de 1944, respetando el estilo original de tal manera que para el visitante de hoy es difícil creer que durante la Segunda Guerra el 80 por ciento de los edificios fueron destruidos.

Se entra a Saint-Malo por las distintas puertas abiertas en la cinta de murallas, que en algunos puntos superan los siete metros de espesor. A su vez, las murallas pueden recorrerse en todo su perímetro. Los edificios más interesantes son el Castillo –donde hoy se encuentran la municipalidad y dos museos consagrados a la historia de la ciudad y a la región–, la iglesia Saint-Benoît, la iglesia Saint-Sauveur, el Hôtel d'Asfeld –construido por un rico armador en el siglo XVIII– y la Casa de la Duquesa Ana, típica mansión urbana bretona de la Edad Media. Vale la pena recorrer el puerto y las playas, por la franja de arena que une la ciudad con el Fuerte Nacional, así como el Gran Acuario (reúne más de 500 especies de peces de todo el mundo) y el Museo Jacques-Cartier, homenaje al navegante que en 1534 descubrió el actual Canadá.

TRADICIONES Y SABORES. Entre las muchas tradiciones bretonas, llaman la atención los raros tocados que usaban las mujeres como parte de la vestimenta tradicional. Hoy sólo es posible verlos en ocasión de alguna fiesta popular, pero vale la pena descubrirlos en algún museo, libro o celebración de pueblo como los *pardons*, manifestaciones de fe religiosa donde los fieles acuden a las iglesias para pedir perdón por los pecados cometidos. Los tocados, realizados con encajes y puntillas, toman la forma de conos almidonados que se llevan en extraño equilibrio sobre la cabeza, o bien moños con cintas o mantillas livianas, siempre blancas. Otra tradición bretona que ningún turista olvida rescatar es la gastronomía: Bretaña es el mejor lugar para comer crêpes, dulces y salados, regados con sidra (con distintas graduaciones de alcohol, o sin alcohol en absoluto); para probar ostras y otros frutos de mar –suelen servirse bandejas de moluscos que varían según la época y el lugar–, o para tentarse con embutidos de toda clase. También es típica la manteca salada, con la que se hacen desde galletas hasta caramelos. Y ya en terreno industrial, aunque se encuentran en los supermercados de toda Francia, son originarias de Bretaña (la fábrica está en Nantes, capital de la región) las galletitas Lu, clásicas en el desayuno o la merienda de todos los chicos del país.

LOS MENHIRES DE CARNAC. Delicias aparte, dejando atrás Saint-Malo para tomar rumbo sur, hacia la península de Quibéron, se llega a uno de los sitios prehistóricos más conocidos del mundo: Carnac. El lugar es sin duda extraordinario, gracias a los más de 3000 menhires que jalonan varias hectáreas en las afueras de la ciudad. Al margen de su valor prehistórico, Carnac es muy apreciado por sus playas, así como otras estaciones balnearias de Bretaña, que a diferencia de los pequeños puertos mediterráneos ofrecen grandes extensiones de arena fina. Se calcula que en el pasado los menhires de los alineamien-



Saint-Malo y el mar. Los marinos bretones de esta ciudad fueron los primeros en llegar a Malvinas, nombre derivado de "malouines".

DATOS UTILES

Cómo llegar: En avión desde París (aeropuerto internacional de Nantes Atlantique, Aeropuerto de Rennes), en tren (los ferrocarriles franceses informan tarifas y horarios en www.sncf.com), o en auto, tal vez la manera más cómoda de desplazarse gracias a la excelente red vial de la región. Las numerosas islas están habitadas y pueden visitarse gracias a conexiones regulares en barco (conviene consultar localmente horarios y tarifas).
Informes: Comité Regional de Turismo de Bretaña: 1, Rue Raoul-Ponchon, 35000 Rennes.
Tel.: 00 33 2 99 36 15 15.
Maison de la Bretagne: 203, bd Saint-Germain, 75007, París.
Tel.: 00 33 1 53 63 11 50.
En Internet: www.toutelabretagne.com - www.bretagne.com - www.carnac.fr.

tos de Carnac eran más de 6000, pero la escasa protección que tuvieron durante décadas redujo considerablemente la cantidad de monumentos aún en pie. Si antes era común que los chicos pudieran subirse a las grandes rocas, hoy se presta más atención a la conservación de los menhires, y hay un proyecto para cercar definitivamente el sitio restringiendo el acceso al lugar (con gran resistencia de los habitantes y comerciantes del sitio, que se niegan a lo que consideran el establecimiento de un "menhir-land"). Se estima que los menhires más antiguos datan del Neolítico y los más recientes, de la Edad de Bronce: en todo caso, el misterioso conjunto de rocas clavadas verticalmente en la tierra, formando líneas de significado desconocido, despierta infinidad de preguntas sobre la vida de los hombres que las dispusieron de ese modo, y sobre sus medios para tallarlas y trasladarlas. Los alineamientos de Carnac, cuyas piedras principales alcanzan los cuatro metros de altura, están dispuestos en tres grandes grupos: Ménec (1099 menhires), Kermario (1029 menhires) y Kerlescan (555 menhires repartidos en 13 líneas). Fuera del sitio propiamente dicho, hay numerosos menhires dispersos en los alrededores de Carnac, otros megalitos como un dolmen de 6500 años de antigüedad cercano a Kermario, y el túmulo Saint-Michel, de 12 metros de altura.

LA COSTA SALVAJE. En el otro extremo de la península junto a la cual surge Carnac, Quibéron es un lugar para visitar, famoso por los centros de talasoterapia (tratamientos de bienestar y recuperación basados en las propiedades del agua de mar) que atraen a gente de toda Francia, de modo que hay vida en el lugar durante todo el año, incluso cuando termina la muy concurrida temporada de verano. Justo antes de ingresar en la península, que tiene unos 14 kilómetros de largo, se ve amarrado un galeón –réplica de una nave del siglo XVIII– donde funciona un Museo del Caracol. Más allá comienza la Côte Sauvage, bien merecedora de su nombre, recortada en acantilados, grutas y recovecos de enorme belleza, frente a un mar que sabe dar un auténtico espectáculo de sonido y furia cuando arrecian los vientos del invierno. Entre tanto, las callecitas costeras son ideales para disfrutar los días de buen tiempo probando, en mesas al aire libre, platos llenos de excelentes frutos de mar. Sin duda, cuando se deje atrás Carnac y Quibéron para regresar a Nantes y luego a la Francia no bretona, se extrañarán los días pasados en este mundo donde el tiempo parece pasar un poco más despacio, como para que las tradiciones y el pasado tarden mucho más en disiparse.

SUR DE MENDOZA *Paisajes misteriosos en los alrededores de Malargüe*


Cabalgata hacia la “fortaleza medieval” de los Castillos de Pincheira.

Embrujos andinos

POR JULIAN VARSAVSKY

La ciudad de Malargüe, ubicada al sur de Mendoza, es el punto de partida para visitar una serie de paisajes rodeados de un horizonte infinito y un aura inhóspita de extrema belleza. En el Pozo de las Animas los silbidos graves del viento estremecen tanto como las leyendas de hechicería de la Caverna de las Brujas. Y en los Castillos de Pincheira –con su perfil de castillo medieval tallado en la montaña– se reviven historias de bandidos y traficantes de los tiempos coloniales.

En Malargüe están algunos de los paisajes más asombrosos y menos conocidos de la provincia, como las extrañas formaciones de los Castillos de Pincheira, la Caverna de las Brujas con sus estalagmitas y estalactitas, y un par de hoyos gigantescos llenos de agua, conocidos como El Pozo de las Animas.

LA CAVERNA DE LAS BRUJAS. Unos 70 kilómetros al sudoeste de la ciudad de Malargüe por la Ruta 40, se encuentra la Reserva Natural Caverna de las Brujas. Está ubicada sobre el cerro Moncol, a unos 1830 metros sobre el nivel del mar. Para llegar, hay que subir unos 200 metros por un camino de montaña hasta un espectacular lugar rodeado de escarpados cerros grises del período jurásico, donde reina un silencio absoluto. Allí está la pequeña entrada a la caverna. Antes de ingresar, los visitantes tienen que ponerse el casco con linterna frontal. Después de unos pocos pasos, se desemboca en la llamada Sala de la Virgen, amplia, abovedada y oscura. El guardaparques que guía la excursión aconseja apagar las linternas para que la visión se adapte a la oscuridad absoluta. Luego de unos minutos se encienden las linternas y aparece ante los ojos el resultado del minucioso trabajo de miles de años de goteo constante, que fue construyendo con paciencia infinita una larga serie de estalagmitas y estalactitas.

Quienes sufran de claustrofobia o estén con niños menores de cinco años pueden terminar aquí la visita, llevándose una idea general de la caverna. Los que decidan continuar el trayecto recorrerán otras cuatro salas de características muy diferentes a la primera. Algunas son más estrechas, con tramos ascendentes y descendentes difíciles de transitar. En ciertos sectores hay que sujetarse de unas sogas para no resbalar y también se atraviesan pasadizos tan pequeños que hay que hacerlo en cuclillas. Además de las tradicionales estalactitas y estalagmitas, hay formaciones de piedra traslúcida con forma de corales que adquieren tonalidades blancas, amarillentas y pardas a medida que van creciendo los cristales de carbonato de calcio. Otra aparición llamativa son los sorprendentes “cortinados de rocas”: centenares de pliegues que ocupan amplios sectores en los techos o en las paredes más altas.

En este ambiente frío, húmedo y cautivante, sólo se oye el ruido insistente de un goteo sin fin sobre las rocas. Se cree que el nombre de la cueva proviene de las historias de brujas tejidas por la imaginación popular de los antiguos pobladores de la zona. Una de las leyendas cuenta que a veces se acercaba a la entrada de la caverna una madre con un niño en brazos que luego desaparecía en el interior lanzando estridentes lamentos. Otra versión cuenta que cada atardecer se veía la entrada iluminada y en su interior se divisaban sombras que emitían un murmullo de cantos rituales y de brujerías.

La entrada a la caverna cuesta $10 (incluye el casco con linterna). La excursión desde Malargüe cuesta $35.

EL POZO DE LAS ANIMAS. A una distancia de 60 kilómetros al noreste de la ciudad de Malargüe, sobre la Ruta 222, existe otro solitario punto de inmensa belleza que se puede visitar durante todo el año. El Pozo de las Animas era denominado por los indígenas Trolope-Co, que significa “agua del gritadero de las ánimas”. Este pozo es una particular formación geológica llamada “dolina”, que se caracteriza por tener dos inmensas cavidades separadas por una endeble pared. Se estima que en el futuro esa división va a desaparecer. En el fondo, cada uno de los pozos tiene un espejo de agua color verdoso intenso. Y el viento provoca un singular silbido muy grave que le da al paraje un toque tan misterioso como majestuoso, y explica el origen de la creencia de los antiguos pobladores. Según la leyenda, desde tiempos remotos las ánimas en pena vienen a llorar aquí y a rezar a los dioses.

La entrada cuesta $10 para adultos y $5 para menores y/o estudiantes. La visita es guiada y se puede realizar entre las 8 y las 17 horas. Se recomienda llevar abrigo y calzado para trekking.

LOS CASTILLOS DE PINCHEIRA. Uno de los paisajes más asombrosos de los alrededores de Malargüe son unas formaciones geológicas conocidas como los Castillos de Pincheira, que el viento y el curso del río Malargüe esculpieron a lo largo del tiempo. Vistos a la distancia, estos “castillos” con un plano inclinado en la parte superior parecen fortalezas medievales.

El nombre de las formaciones –ubicadas 27 km al oeste de la ciudad– proviene de un bandido y caudillo chileno llamado José Antonio Pincheira, quien a principios del siglo XIX hizo de este paraje su refugio y lugar de paso para el tráfico de ganado. Devastado por las guerras de la independencia, Chile se encontraba en una situación económica difícil que propiciaba los actos de pillaje. Así surgieron una serie de bandoleros que saqueaban campos argentinos en La Pampa para regalar parte de lo robado y ganar adeptos para el bando realista. Pincheira, que manejaba varios dialectos indígenas, logró entablar buena relación con las tribus de la zona, e incluso algunas lo nombraron cacique. De esa forma tenía el camino libre para llevar ganado robado o cimarrón caminando hasta Chile. Esto ocurrió allá por 1830, cuando se exportaba tasajo destinado a los esclavos de California que trabajaban en las plantaciones de algodón.

Actualmente los Castillos de Pincheira son un destino turístico con un excelente camping, un restaurante y la posibilidad de realizar trekking y cabalgatas. Las caminatas comienzan desde el camping, atravesando un puente colgante sobre el río Malargüe, cuyo intenso caudal bulle con estruendo. Al frente se alzan las enormes bardas, a cuyo borde superior se llega ascendiendo por un estrecho sendero, con un alto para tomar aliento en la cavidad de un alero poco profundo donde solían esconderse los bandidos en los momentos difíciles. Una vez arriba de las bardas, se comprueba que la subida valió la pena. Desde allí se tiene una admirable panorámica del paisaje que se extiende a los pies: el río serpenteante –silencioso a la distancia–, una frondosa arboleda y los picos nevados al fondo. Otra opción es realizar un recorrido similar pero a caballo, vadeando el río.

Quienes deseen pescar truchas o simplemente disfrutar de la naturaleza del lugar pueden utilizar el camping que cuenta con parrillas e instalaciones con agua caliente. En el restaurante preparan el imperdible chivito de Malargüe, que se sirve con la modalidad de tenedor libre acompañado con ensalada, pan casero y un postre ($ 18). También se pueden encargar empanadas ($ 6 la docena).

La excursión desde Malargüe cuesta $25.


Desde lo alto de los Castillos de Pincheira, un excepcional paisaje mendocino.

A COMER TRUCHAS

A 12 kilómetros de la ciudad de Malargüe, junto al dique Blas Brisoli, hay un criadero de truchas arco iris que crecen en unos piletones con agua de vertientes de las alturas de la Cordillera de los Andes. Lo particular de este criadero es que dispone de un restaurante donde uno pide una trucha y un ayudante de cocina va a los piletones a pescarla. Como entrada se sirven empanaditas de trucha, tortilla de trucha, paté de trucha y trucha ahumada con pan casero. El plato principal es trucha al horno con guarnición, y para los postres se puede optar entre ambrosía (una popular receta del siglo XIX a base de leche, huevo, azúcar y limón) o una porción de piña bogotana (bizcochuelo de ananá con salsa de vino). El precio del menú completo es $ 12 (incluye bebidas). Tel.: 02627-15661917.

DATOS UTILES

Dónde alojarse: Una habitación doble en los hoteles de la ciudad cuesta entre $ 60 y $ 90. La cabañas se pueden alquilar desde los $ 60 en adelante. Hotel Pehuén: En el cruce de Ruibal y A. Puebla. Tel.: 0262715674787. Hotel Río Grande: Ruta 40 Norte s/n. Tel.: 02627-471589. Cabañas Piedras Negras: Capdevilla 343. Tel.: 02627-471986.

Dónde informarse: Dirección de Turismo de Malargüe. Ruta 40 Norte s/n. Tel.: 02627-471656, e-mail: *turismun@slatinos.com.ar* Sitio web: *www.malargue.gov.ar* En la ciudad de Mendoza: Av. España 1075. Tel.: 02614292515.


Un descenso por los túneles de la Caverna de las Brujas.

POR FERNANDA GONZALEZ CORTIÑAS

ROSARIO *Una visita primaveral*

Tan cerca y con tanto río

Allí, tan soldada al río Paraná, Rosario es una interesante opción para una escapada primaveral. A sólo 300 kilómetros de la Capital por la autopista, la ciudad, como dijo Fito Páez, siempre estuvo cerca. Con el río y sus islas, el Paseo Ribereño, los parques y museos, los barrios con historia y la noche que se enciende frente al agua, vale la pena conocerla... y disfrutarla.



Sol primaveral, el ancho río y el perfil de una gran ciudad.



Desde la cima el Monumento ofrece una de las mejores panorámicas.



Para disfrutar del río, una buena infraestructura playera.

El sol se empieza a descolgar del cielo y ahí, donde en otros tiempos se recortaban apiñadas decenas de torretas luminosas y chimeneas humeantes, hoy se suspende una línea perfecta de acero y concreto que une la ciudad con Victoria. Sin su otrora famoso cinturón industrial, pero con un moderno tirador que desde hace apenas unos meses engancha la ciudad santafesina con la entrerriana, Rosario, como dijo Fito, siempre estuvo cerca. A sólo 300 kilómetros de la Capital, por la autopista, se accede a esta ciudad de poco más de un millón de habitantes. Si no es por aire, en auto o micro el ingreso es por Oroño, un boulevard que si bien en el centro se salpica de lo más rancio de la arquitectura local, sus extremos permiten adivinar un centro urbano matizado por duros contrastes. Indisolublemente asociada a su condición ribereña, Rosario es una ciudad ideal para visitar en primavera. Con una media de 20 grados y una humedad aceptable, esta época del año se presta especialmente para disfrutarla a pleno, de lleno y a fondo.

EL RIO, LAS ISLAS Y EL PASEO RIBEREÑO Hilvanada por su río, uno de los más anchos y caudalosos del continente, sobre la costa se levanta la ciudad que apenas hace unos años empezó a mirarse en el espejo marrón que le ofrece el Paraná, sin duda uno de sus principales atractivos. Luego de admirar su desmesura, el pasajero puede iniciar el recorrido por aquí, ya sea abordando el tradicional "Ciudad de Rosario" o simplemente algunas de las lanchas que cruzan a las islas. Comer una buena boga a la parrilla, practicar el crawl y renovar el bronceado o pasar la noche escuchando el grillerío en una cabaña junto al agua son algunas de las opciones posibles, aunque el solo recorrido por la laberíntica hidrografía de la zona es, desde luego, un gratificante spa mental.

Ya con los pies en la tierra, y depende de la estación elegida, el viajero puede optar por distintos circuitos. Una buena idea puede ser la de pasear con el río como guía.

Así, viniendo desde el norte, dejando atrás el puente, el Paseo Ribereño permite un recorrido a velocidad crucero por la city. A continuación del Parque Alem, aparece el Coloso de Arroyito, sede de uno de los tradicionales clubes de la ciudad, Rosario Central. Más allá, el Parque Scalabrini Ortiz –cuyos terrenos fueron recientemente expropiados por la municipalidad a las firmas cerealeras– precede a la primera parada obligada: Pichincha.

EL BARRIO DE CHICHO GRANDE De dudosa reputación e indudable mala traza, en la década del '30 la franja comprendida entre las calles Suipacha y Callao fue la responsable de que Rosario se convirtiera en "la Chicago argentina". El barrio de Chicho Grande y del Chico también, de Agata Galiffi y Madame Safó, de prostitutas y cafishos. En una suerte de rescate romántico de aquel espíritu transgresor y fiestero, poco a poco la zona ha intentado ir recuperando su viejo esplendor. Lentamente, las viejas fachadas de las casonas y petit hotel van tomando color, mientras florecen las ferias. Erradicadas las casas de citas y travestidas sus sórdidas whiskerías en bares psicodélicos, la noche rejuvenece e invita al flashback. De día, la Secretaría de Cultura municipal y el Museo de la Memoria interrumpen el paisaje invitando al paseante a recorrer alguna muestra temática. Los fines de semana el tránsito tiene vedado el paso y el sector se convierte en una enorme feria. Antigüedades seleccionadas junto a un sinfín de armarios rebosantes de pantalones, camisas, sombreros y tapados, hacen del Mercado Retro y El Roperito, un paso obligado para nostálgicos y buscadores de baratas y baratijas.

Siguiendo, aparece el Parque España, un proyecto concretado merced al intercambio con ese gobierno. Su moderno centro cultural anualmente ofrece un nutrido programa en el que no faltan exposiciones, conciertos, puestas teatrales, conferencias y festivales de distintas índoles.

MONUMENTO Y CASCO HISTORICO Siempre acompañado por el inconfundible aroma del Paraná, se llega al gran lugar común de la ciudad: el Monumento a la Bandera. Rodeado de edificios, de elegante alcurnia unos, de lujo aparatoso otros, la obra del arquitecto Angel Guido se troquela contra el firmamento, divisándose desde lejos, como un faro sin luz. Inaugurado en 1957, la cima de sus 70 metros de mármol travertino ofrece una de las mejores panorámicas de la ciudad. Con un enorme predio verde a su planta, el Parque de la Bandera, promediando el mes de noviembre, la torre sirve de testigo del Encuentro Nacional de Colectividades, una fiesta para los sentidos, con sabores y olores de todas partes del mundo.

Detrás del propileo, justo después de la llama votiva, se abre el Pasaje Juramento. Terminado recién a fines del siglo que pasó, es la entrada al denominado "casco histórico" de la ciudad. Ornamentado con un puñado de esculturas de Lola Mora, que la tucumana confeccionó para uno de los varios proyectos que tuvo el monumento, el pasaje une la construcción con la Plaza de Mayo, que como su par porteña, cada jueves reúne a

DATOS UTILES

En Internet:
- *www.rosario.gov.ar*
- *www.rosarioturismo.com*
- *www.viarosario.com*
- *www.elijarosario.com*



Puente Victoria. Una línea perfecta de acero y concreto que une a Rosario con la ciudad entrerriana.

LOS CHICOS Y LA ISLA DE LOS INVENTOS

Basada en la teoría del pedagogo italiano Francesco Tonucci, desde hace casi siete años la municipalidad lleva adelante un programa denominado “Ciudad de los Niños”, que aunado al proyecto macro de descentralización, apunta a concretar “una ciudad a la medida de todos”. En este sentido, a principios de este mes el municipio dejó inaugurada La Isla de los Inventos, el último eslabón de una trilogía dedicada fundamentalmente a los chicos.

Con sede en las instalaciones de la antigua Estación de Trenes Rosario Central, La Isla de los Inventos es un lugar de cruce entre el arte y la ciencia, siempre con la mediación del juego. Este punto es la última –o la primera– parada de un recorrido dinámico en el que aparecen otros dos magníficos espacios: el Jardín de los Niños y la Granja de la Infancia. Ubicado en el predio del ex zoológico, en el corazón del Parque Independencia, el Jardín de los Niños se propone como una suerte de parque de diversiones en las antípodas de Disneylandia. Planteado como un paseo por la cultura a través de la imaginación y lo lúdico, una serie de “máquinas” invitan a los más chicos a volar, a trepar y a despertar los sentidos. Hamacarse con Miró, jugar al rompecabezas con Klee, dejar volar la creatividad de la mano de Da Vinci o armar sus propios Mondrian con elásticos son sólo parte de la oferta.

En la zona oeste de la ciudad, la Granja de la Infancia concluye el programa permitiéndoles a los bajitos un contacto diferente con la naturaleza. En un magnífico entorno verde, rodeado de vegetación y fauna doméstica, los chicos aprenden desde los principios de la fotosíntesis hasta hacer pan casero.

un puñado de mujeres cubiertas con pañuelos blancos, que marcha en círculos para no olvidar ni perdonar.

Alrededor, la Catedral, el Palacio Municipal, el Correo Central y el Museo de Arte Decorativo Firma y Odilo Estévez le imprimen el carácter de señorío histórico a lo que fuera el primer solar del Pago de los Arroyos.

Si bien la crisis ha ido modificando algunas costumbres, los ritos veraniegos comienzan a despertar por estos meses y hacer el circuito de shoppings de la peatonal o tomarse un insuperable helado cuando la peatonal se convierte en Paseo del Siglo pueden ser una buena idea antes de cenar. Nuevos y tradicionales, vegetarianos y carnívoros, regado de cerveza en lata o con un reserva 69, con el menú en italiano o con fotocopia del día, en una casa de familia en Fisherton o sobre en un tinglado colgado de la barranca, los restaurantes salpican la ciudad de punta a punta.

Saciados los apetitos, al menos de comida, la noche se convierte en movida. Desde el histórico Teatro El Círculo, cuya acústica elogiara el mismísimo Caruso hasta los sótanos que albergan lo mejor de las expresiones *under*, la cartelera tiene de todo y para todos los gustos. Sobre el filo de la medianoche, el río empieza a reflejar los primeros neones de un gruesa lista de bares temáticos y boliches bailables. Tecno y retro, rock y cumbia, todos los ritmos tienen un espacio para bailar o escuchar en vivo.

Pero de nuevo junto al río, a la sombra del Monumento el paseante, a veces interrumpido por el silbato de algún buque de bandera extraña, se ve obligado a subir. Previa parada en el Parque Urquiza –que desde su complejo astronómico hasta su *Boching Club*, puede convertirse en un recorrido más que pintoresco–, el circuito continúa por avenida Pellegrini, veinte cuadras eminentemente gastronómicas, hasta el Parque Independencia. Aquí, el Museo de Bellas Artes, el Histórico y el de la Ciudad convierten las 120 hectáreas de este pulmón urbano, en un punto neurálgico de la cultura de la ciudad. Esto, amén de los 150 ejemplares de su rosedal –el preferido de novias y quinceañeras– y su lago artificial –botes de pedal y paterío incluido–, y de que su seno esconde la casa del otro gran club de la ciudad, Newell’s Old Boys, cuyos encuentros dominicales frente a Central son, también, como el Che, Berni y Olmedo, una parte ineludible del folklore de ciudadano. ✹